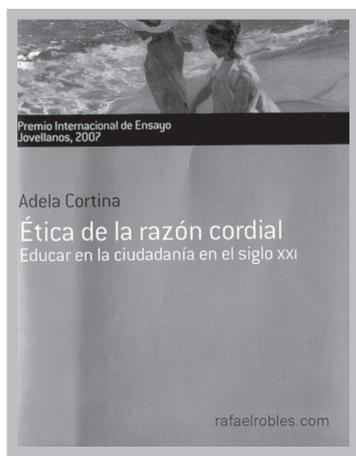


Rincón del libro

CARLOS MOLINA VELÁSQUEZ

Adela Cortina. *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*. Oviedo, Ediciones Nobel, 2007

La autora es catedrática en la Universidad de Valencia y miembro de diversas comisiones relacionadas con la ética aplicada. El libro que ahora nos ofrece no es sólo fruto de la investigación filosófica y las tareas docentes sino de su experiencia en los debates que se generan alrededor de la ética, dentro de círculos ciudadanos de diversa índole. En este sentido, su libro es especialmente interesante para quienes quieren tener un acercamiento de los problemas más actuales de la ética, aplicándola a la creación de proyectos comunitarios, a la acción social transformadora o a la gestión política. Y esto acompañado del rigor filosófico que permite dimensionar racional y argumentativamente estas situaciones.



Encontraremos también un vistazo breve pero útil a diversos enfoques teóricos en torno a las preguntas de la moral, es decir, de las reglas, valores y principios que aceptamos, decimos respetar o no esforzamos en fomentar. No es un mero sumario ni una síntesis exhaustiva, sino un *recorrido propedéutico* que nos prepara para leer la visión muy personal que Adela tiene de la cuestión. De antemano, debo decir que su postura está lejos de un “relativismo teórico” esnobista o de un moralismo acomodaticio. En

contra de la frase de Groucho Marx, “estos son mis principios y, si no les gustan, tengo otros” (p. 143), la profesora Cortina busca proporcionar una dirección y no sólo una lista de principios.

Esta dirección la llama *ethica cordis*, ética de la razón cordial, ya que no es sólo del corazón, como a primera vista podría suponerse. El problema de seguir uno a su corazón no es tanto el corazón sino *el que es de uno*. No hay dos corazones idénticos y es lo mejor que sea así, seguramente. Se me viene a la mente la secuencia de la película *The Simpsons*, en la que, al pedírsele ayuda para resolver el problema energético de Springfield, el odiado Montgomery Burns pide argumentos por los que debería —le convendría— hacer tal cosa, y al sugerírsele que “escuche a su corazón”, lo hace efectivamente y... ¡en lugar de ayudar, suelta a los perros que se dedican a perseguir a los peticionarios! No hay duda de que, en ciertas ocasiones, es preferible no apelar al corazón.

Por ello es que es preciso *educar para* una ética que escuche el corazón, que reconozca los recovecos de la estima de sí, de los otros y del común, y que pueda formularse mediante argumentos persuasivos, racionales y respetuosos de las diversas formas de ver el mundo. Por supuesto, no hay un lugar neutral desde el que puede hacerse esto, ya que la educación “sin valores” es tan ilusoria como indeseable. Acerca

de este punto, la autora nos remite a Thomas Gradgrind, personaje de la novela de Dickens, *Tiempos difíciles*, cuyos esfuerzos por implementar una educación aséptica y fríamente aferrada a “los hechos” no hace sino llevarlo al más absoluto fracaso —y al ridículo (p. 133ss). Se me ocurre que, en una sociedad tan propensa a reducir la educación a cursos de Microsoft Excel y clases de inglés, las sugerencias de la profesora Cortina nos vienen bien. Mejor que enseñemos a adquirir la habilidad de argumentar y la claridad al elegir los valores, en lugar de suponer que la repetición de comandos y las meras “destrezas” harán el trabajo de la construcción de una auténtica ciudadanía.

Un par de reparos pondría yo al libro. Por un lado, desde el inicio, se recurre a *La Isla del Dr. Moreau*, de Wells (p. 47ss), remachando una y otra vez en un recurso retórico cuestionable: debemos pensar en nuestra reflexión sobre la ética a partir de la ficción de unas elusivas bestias experimentales —los animales de Moreau— a las que hay que *inocular* la ley de comportamiento que los llevaría ser humanos, es decir, morales. Creo que esto suena a falso. Me gusta más el conocido relato de Platón sobre “el anillo de Giges”, que se encuentra en la *República* y que también nos propone Adela: debido a su carácter invulnerable, el portador de un anillo “de la invisibilidad” no se vería inclinado a comportarse de manera ética, por lo que

andaría por allí rompiendo todas las reglas de la buena convivencia: robando, asesinando, violando, etc. (p. 66ss). Las reflexiones que surgen de un escenario hipotético de este tipo se acercan más a la clase de situaciones en las que la argumentación moral deberá mostrar sus garras, a saber, la de las preguntas que nos hacemos *desde dentro* de la humanidad y, más específico aún, desde dentro de la adscripción ciudadana. Podría argumentarse que las necesidades de inclusión de culturas foráneas o modos de vida alternativos dentro de nuestras consideraciones de responsabilidad y deber morales nos exigirían un escenario como el de las bestias del cuento inicial; al contrario, el hecho de que alguien proponga *eso* ya supone un reconocimiento *a priori* de la humanidad que pretende “descubrir” en aquellos “excluidos”.

Mi otra reserva tiene que ver con la ausencia de consideraciones sistemáticas acerca del sistema económico, como si la ética que ne-

cesitamos en la actualidad pudiera darse ese lujo. A mi modo de ver, el mundo actual está enfrentado a una crisis de civilización, cuya crítica y superación será vacía si no critica frontalmente el sistema capitalista imperante. La ética ciudadana deberá ser viable y es esta viabilidad del mundo humano la que hoy pone en peligro el sistema económico hegemónico. ¿Cómo hacer una ética ciudadana que no cuestione al capitalismo? ¿Pueden “compartir” esta ética el que lucha para que el sistema se reproduzca *ad nauseam* y quien piensa en un modelo alternativo de sociedad? No me lo parece y creo que hay una deuda de la autora en este punto.

Pero que estas críticas no sean freno sino, más bien, una invitación a sumergirse en un libro que combina la elegancia de la filósofa, la sensibilidad de la escritora y el compromiso de una mujer que es ya un nombre consagrado en el ámbito contemporáneo de la ética aplicada.